

LA



HÍQUINAH

Centro INAH Tlaxcala

Suplemento
Cultural



NÚMERO ESPECIAL LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE TLAXCALA

Núgamé díyägámé Yuhmu, "nosotros hablamos Yuhmu". Acciones comunitarias para la revitalización de la lengua yuhmu de Ixtenco, Tlaxcala
Oscar Torres Carpintero

Un acercamiento a los procesos de resignificación de la raíz indígena de Tlaxcala
Montserrat Patricia Rebollo Cruz

San Juan Ixtenco: el pueblo otomí que habita la falda de La Malinche
Daniela Itzel Zacarías Ruíz

Los pueblos originarios desde la hermenéutica fenomenológica
Eduardo Sánchez Velasco

Los bordados de San Isidro Buensuceso
Nazario A. Sánchez Mastranzo

La historia propia de los Yumhu
Jorge Guevara Hernández

El bordado pepenado de San Juan Ixtenco: entre la innovación y la tradición
Claudia Hernández García

Presentación

Los pueblos indígenas de México y del mundo son el testimonio vivo de la gran diversidad cultural que constituye a la humanidad, pero también de la persistencia y la resistencia frente a procesos de diversa índole que los han colocado en una condición subalterna. Aun cuando las luchas de los pueblos indígenas han logrado situar en la agenda pública tanto sus problemáticas históricas como sus proyectos emancipatorios, las relaciones coloniales que establece la sociedad nacional con ellos, siguen siendo vigentes.

En Tlaxcala, una de las exigencias más importantes de los pueblos indígenas es no seguir siendo invisibilizados. Es sabido que la Unidad de Planeación de la extinta Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) reconocía la existencia de 25 regiones indígenas en 20 estados del país. Según esa regionalización, el estado de Tlaxcala no pertenece a ninguna de ellas, pues de los sesenta municipios que se distribuyen a lo largo y ancho del territorio estatal, ninguno era definido como “municipio indígena”. Esto se debe a que estas unidades político-administrativas refieren a aquellos municipios en los que el 40% o más de su población habla alguna lengua indígena. Ningún municipio tlaxcalteca cumple con este requisito lingüístico y cuantitativo. Bajo esta lógica, el estado de Tlaxcala o ciertas porciones de su territorio “no pertenecen” a ninguna de estas regiones. Ello a pesar de que según el Sistema de Indicadores sobre la población indígena de la extinta CDI, basado en los datos del INEGI, en 2010 se tenía el registro de 27,959 hablantes de lengua indígena en la entidad, así como de 72,270 habitantes que se reconocen a sí mismos como tales.

Según el *Atlas de los Pueblos Indígenas de México* del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI), actualmente se reconocen 20,641 hablantes de lengua náhuatl, principalmente en la región de La Malinche. Se tienen también identificados a 1,668 hablantes de totonaco y 1,073 de otomí o yumhu. Pero más allá de una cuestión numérica o lingüística, es necesario afirmar que la presencia indígena en el estado de Tlaxcala es vigente. No remite solo a un pasado idílico previo a la llegada de los españoles.

Este número especial de La Chiquinah es una modesta contribución del Centro INAH Tlaxcala para visibilizar la existencia contemporánea de los pueblos indígenas de nuestro estado, pues con sus prácticas culturales ancestrales y modernas, contribuyen a la reproducción de la diversidad, pero también a la conservación y a la defensa de sus territorios ancestrales.

A nombre del Consejo Editorial de este Suplemento Cultural, les deseamos una provechosa lectura.

Etnlgo. Milton Gabriel Hernández García
Investigador del Centro INAH Tlaxcala

Núgamé díyagamé Yuhmu, “nosotros hablamos Yuhmu”. Acciones comunitarias para la revitalización de la lengua yuhmu de Ixtenco, Tlaxcala



Oscar Torres Carpintero

El pueblo Yuhmu, también conocido como otomí, se asienta al oriente del estado de Tlaxcala en el municipio de Ixtenco, única localidad en el estado con población perteneciente a ese grupo étnico y una de las 8 entidades federativas del territorio mexicano en las que se habla la lengua otomí. Dichas razones, propiciaron que durante las reuniones organizadas por el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INALI), Ixtenco conformara el Comité para el Seguimiento de la Norma de Escritura Hñähñu, cuyos trabajos iniciaron en 1984 con representantes de los estados donde se habla la lengua otomí, norma que fue aprobada y publicada en 2013 para el uso de las distintas variantes dialectales de otomí.

En marzo de 2019 se organizó una asamblea comunitaria en el Centro Cultural Ixtenco, con el propósito de formar un grupo de trabajo que diera a conocer la Norma de Escritura Hñähñu propuesta por el INALI y los representantes de cada estado involucrado. Uno de los principales fines del comité era promocionar y difundir la norma en la comunidad, sin embargo, debido a las condiciones actuales en las que se encuentra la lengua y basados en los seis principales criterios de evaluación del grado de vitalidad de una lengua de la UNESCO, el Yuhmu del municipio de Ixtenco ha sido catalogado como una lengua en peligro de extinción ya que es percibida por la comunidad como:

una lengua que es utilizada por muy pocos hablantes de la generación de los abuelos;

una minoría la habla; se utiliza en un número muy restringido de ámbitos y para muy pocas funciones; existen materiales escritos, pero es posible que solo sean útiles para algunos miembros de la comunidad; o solo como un rasgo con valor simbólico.¹



Asamblea comunitaria. Fotografía: Oscar Torres

Esta situación propició que se impulsaran estrategias de revitalización, lo que hizo necesario emprender trabajos en diferentes ámbitos de la comunidad en cuatro rubros: registro, educación, escritura y sociedad.

En materia de registro de la lengua, en colaboración con el Archivo de la Palabra de Tlaxcala ENAH-INAH, se llevaron a cabo los primeros registros de material audiovisual. El resultado de este esfuerzo culminó en la grabación de 5 videos donde se interpretaron las canciones más representativas del municipio en lengua yuhmu (otomí).

Posteriormente, secundando esta línea de trabajo se implementó y desarrolló el proyecto “Registro de la Lengua Yuhmu: a través de la memoria colectiva”, en colaboración con el Instituto Tlaxcalteca de la Cultura, para el cual se conformó un grupo de niños y jóvenes originarios del



Biblioteca interactiva la Canica. Fotografía: Oscar Torres

municipio, quienes tuvieron la oportunidad de aprender sobre las principales herramientas de la producción audiovisual. Dicho trabajo, permitió la grabación de videos, relatos sobre leyendas y la vida cotidiana de la comunidad, además de material relacionado con las costumbres y tradiciones realizadas en torno a la fiesta patronal, fecha que forma parte importante de la historia de Ixtenco.

En el tema de escritura, motivo principal por el cual se formó el comité, se emprendió un taller que permitió reflexionar sobre la Norma de Escritura Hñähñu y su adecuación a las características fonológicas de la lengua Yuhmu, en estrecha colaboración con el Instituto Tlaxcalteca de la Cultura y la Dirección de Lingüística del INAH. La dinámica del taller consistió, por un lado, en la presentación y discusión de los principales aspectos de la norma, mencionada anteriormente; por otro lado, se realizaron diversos ejercicios con los hablantes nativos del yuhmu para escuchar y escribir palabras de la lengua. Éste taller dio como resultado un manual que puede ayudar a maestros y público en general a usar la Norma de Escritura Hñähñu y, sobre todo, adecuarla a las características propias de la lengua.

Con el objeto de contribuir con la oferta de la enseñanza en lengua yuhmu, se preparó un curso en el que los principales transmisores serán los hablantes nativos, de esta forma se pretende incorporar en este proceso de enseñanza a los guardianes de la lengua. El objetivo del curso es la enseñanza del yuhmu como segunda lengua, asumiendo que los participantes tienen como lengua materna el español, pero que han estado y están expuestos a algún tipo de contacto y/o familiarizados con el otomí.

En cuanto al último rubro: sociedad, el Comité de la Lengua Yuhmu de Ixtenco ha priorizado que la lengua esté presente en las diferentes expresiones culturales y tradiciones de la comunidad, donde el trabajo de construir un plan de revitalización ha logrado que se sumen más esfuerzos, dando apertura a la búsqueda de espacios donde la oralidad sea el principal componente.

Referencia Bibliográfica

UNESCO, (2003). Vitalidad y peligro de desaparición de las lenguas. Consultado el 27 de agosto de 2020 en: http://www.unesco.org/new/fileadmin/MULTIMEDIA/HQ/CL-T/pdf/LVE_Spanish_EDITED%20FOR%20PUBLICATION.pdf

Un acercamiento a los procesos de resignificación de la raíz indígena de Tlaxcala



Montserrat Patricia Rebollo Cruz

Hablar en la actualidad de pueblos indígenas, hace necesario considerarlos como sociedades vivas y no solo como parte del pasado glorioso o fosilizado en el tiempo sin posibilidades de cambios y adaptaciones al mundo global. Los pueblos indígenas están vivos, si bien, lo manifiestan a través de su cosmovisión, danza, rituales, artesanías, tradición oral, cantos, gastronomía, indumentaria, conocimientos sobre la naturaleza y las formas de relacionarse con ella; no podemos desdibujar los años e incluso siglos de resiliencia, llamando al respeto, reconocimiento y defensa de sus conocimientos y territorios, es decir los pueblos indígenas no solo son sujetos culturales, sino sujetos políticos.

Desde mi punto de vista, los movimientos y pronunciamientos locales, nacionales e internacionales sobre el reconocimiento de los pueblos indígenas, no han sido del todo en vano o han quedado en solo discursos; visto desde el quehacer práctico y cotidiano, me he dado cuenta que se han generado ecos en las nuevas generaciones que buscan seguir transmitiendo, valorando y resignificando la identidad indígena en el contexto actual. Porque el ser indígena hoy en día, también está permeado de nuevos conocimientos, de empoderamiento y de una resignificación que tiene connotaciones de orgullo y de interés por seguir descubriendo su cultura para continuar su legado en el presente. Y, ¿por qué no?, cosechar los frutos que han dado los años de lucha de generaciones indígenas que nos anteceden; me refiero a la demanda de espacios que les habían sido negados

en cargos públicos, en hacerlos parte prioritaria e incluirlos en instrumentos jurídicos y agendas locales, nacionales o internacionales en búsqueda de representatividad; sin ir más lejos, revisemos el caso de los esfuerzos y experiencias locales en Tlaxcala.

El congreso local del estado ha impulsado una serie de acciones como festivales, convocatorias para apoyar la preservación de tradiciones y declaratorias locales, como la del maíz morado y mole de matuma (2016) o la declaración del bordado de pepenado como patrimonio cultural inmaterial del estado (2019). Estas acciones van más allá de mirar solo sus procesos de gestión, de consulta o polémicas que evalúen su efectividad, veamos de qué manera estos instrumentos trasciendan la limitada visión de ser empleados como estrategias de promoción turística.

En el caso particular de San Juan Bautista Ixtenco, estas acciones se han generado cuestionamientos que les han permitido repensarse, no solo como tlaxcaltecas, sino como indígenas ixtequenses al reconocer y revalorar el esfuerzo que como comunidad otomí han vivido por generaciones para lograr que sus conocimientos trasciendan, al grado de cuestionarse: ¿por qué las tradiciones comunitarias de San Juan Ixtenco representan al estado de Tlaxcala, si el esfuerzo y merito por mantenerlas vivas es comunitario? Y qué decir de las alianzas y dialogo entre jóvenes y adultos mayores en la localidad de Ixtenco para realizar procesos de registro y revitalización de la lengua yuhmu a través de esfuerzos admirables, como el del Comité Municipal de seguimiento a la norma de escritura de la lengua con el apoyo de profesionales en la materia, destacando el interés primario de los jóvenes practicantes y herederos del conocimiento; o en el caso de los trabajos de enseñan-

practicantes y herederos del conocimiento, o en el caso de los trabajos de enseñanza, que hacen los maestros y alumnos en las escuelas comunitarias en equipo, que fomentan un trabajo desde dentro con conciencia social y de auto reconocimiento comunitario como miembros de una cultura ancestral, que no se agota en el discurso o la expresión pública para exaltar su identidad en una fecha conmemorativa. Actualmente ser indígena también es la posibilidad e instrumento de auto reconocimiento, de revaloración identitaria que bien sirve para hacerse presentes, para negociar, para pactar, para impartir justicia, para exigir los espacios que históricamente se les habían negado y, para agregar valor a sus creaciones, como nos comparte Teresa Sánchez Ramírez de 41 años, bordadora por herencia de San Juan Ixtenco:

“...ser indígena y originaria de Ixtenco es un privilegio y lo veo cuando tengo que salir a eventos, exposiciones, y me siento súper feliz cuando la gente me dice: ‘yo le compro a artesanos, yo lo compro a gente que lo hace’; me he dado cuenta que cuando no llevo mi blusa de pepenado y me voy un poquito *fashion* a vender, ponen en duda que yo lo hago, y tengo que enseñarles mis manos, aunque me da pena mostrarlas porque están maltratadas; me pico con la aguja, la tela talla mis dedos y se empieza a maltratar la piel, entonces eso también me ha ayudado a vender mis prendas artesanales, la gente ahora no quiere ir ahora a FONARD [sic], a las tiendas o a los revendedores; porque ahora también comprarles a los artesanos directamente, es comprar una experiencia, que levanta el interés de cómo lo hago, les explico, comparto mi conocimiento. Y eso nos hace darnos a conocer como artesanos de la localidad. Ahora también yo vendo por internet y me ha ayudado muchísimo ser una artesana joven, el tener hijos grandes (ya de 22 años) y que sean profesionistas, me han ayudado a colocarme en las redes sociales, y me orientan para dar a conocer mi trabajo por estas vías; y yo puedo producir para mayoreo, pero no venderlas a precio de mayoreo,

para mayoreo, pero no venderlas a precio de mayoreo, porque mis piezas son únicas y sé lo que cuesta hacerlo...”



Técnica de bordado pepenado, Ixtenco. Fotografía: Archivo de la palabra

O como comenta Rosalina Norma Gutiérrez Ramírez de 47 años, artesana por herencia y originaria de San Juan Ixtenco, que desde los 13 años aprendió de su madre a bordar, sin embargo, se dedicó de lleno al bordado de pepenado hasta los 26 años porque para ella tomó un nuevo sentido hacerlo. El saber se convirtió en un oficio para compartir más tiempo con sus hijos y tener una fuente de ingreso, ser bordadora por herencia le ha permitido salir de la localidad para mostrar con orgullo su trabajo en otros contextos:

“...por ejemplo, yo he participado en el evento de Tápame con tú rebozo, en el Museo de Culturas Populares en la Ciudad de México y cada vez que llega alguien a comprar, o por lo menos a preguntarnos sobre una pieza, es importante para nosotros explicarles de dónde somos, la región, la técnica, la lengua, las costumbres, tradiciones, todo lo que nosotros representamos a través de una pieza bordada. Me parece que es una parte muy importante que nos reconozcamos nosotras mismas como personas indígenas, [y nuestro oficio] nos invita a conocer nuestra historia y dar a conocer de lo que estamos hechos... porque creo que ahora hay un poquito más de apertura [y valoración] con los bordados, no solo de aquí sino de otros estados, de otras regiones. La gente ya nos toma más en cuenta, situación que no le tocó a mi mamá, veo ahora más apoyo de la gente, son espacios que hemos ganado...”

Este testimonio por ejemplo, nos abre la posibilidad de entender a los pueblos indígenas más allá de la competencia mercantil, sino desde el ámbito de la resignificación de su identidad como valor agregado de sus productos ya que han entendido que también existe un público interesado en realizar nuevas formas de consumo informado, responsable y directo; de ahí podríamos considerar una serie de espacios que se han utilizado para el reconocimiento y defensa ante casos de apropiación cultural indebida (donde se ha exaltado el reconocimiento a los derechos colectivos y a evitar la violación a los derechos culturales).



fotografía: Página de Facebook, Casa de tierra Otomí

Por otro lado, María Teresa Solís López de 57 años, cocinera tradicional de San Juan Ixtenco, nos comparte otra experiencia;

“...es de las abuelas de quienes aprendimos a cocinar, entre los platillos tradicionales de la comunidad se encuentran el mole de matuma y el atole morado o atole agrio. El atole morado solo se preparaba en las festividades, en el cumpleaños de alguien de la familia o en las festividades de los barrios, yo le digo que es maíz negro, es de un color morado muy oscuro, pero el maíz que cultivamos aquí en Ixtenco y cuando el atole se comienza a fermentar va cambiando de color, hasta llegar al morado, de ahí el nombre.

Actualmente el atole ya no solo se prueba en esas fechas, en los últimos 5 años ya se comercia-

liza de manera local, y lo encuentras en fin de semana en el mercado o en algunas casas, aunque por su dificultad de preparación que va de dos a tres días, en una olla especial, sin grasa para que no se corte —y quede al hilo—, acompañado de ayocotes —un tipo de frijol—, por eso no cualquiera lo hace, por eso también nos llaman cocineras tradicionales, porque nuestro saber es importante.

El mole de matuma es exclusivo de las mayordomías, sin embargo desde hace nueve años se realiza una celebración en Ixtenco llamada La fiesta del maíz, al principio auspiciado con recursos del PACMyC y después con recursos y organización de los propios pobladores. Muchas cosas desde la fiesta del maíz se dieron a conocer, por ejemplo aquí nada más tenía valor el maíz blanco; y el maíz azul no estaba siendo apreciado o se pagaba menos por él. La fiesta la pensamos como concurso para mostrar nuestros maíces para participar, y se premia al que tenga los mejores maíces, después premiaron al que tuviera más maíces de colores o maíces raros; la gente empezó a preparar platillos tradicionales para participar, nos sorprendía que la gente comprara nuestra comida tradicional, y eso nos animaba”.

A modo de conclusión, debo decir que los esfuerzos de años de lucha, el cambio de mentalidades, de la búsqueda por construir políticas incluyentes, locales, nacionales o internacionales tienen un efecto que se refleja en aspectos tan cercanos como los enunciados o en efectos macro; la lucha por la resignificación, respeto y revaloración de la raíz indígena es de todos. No es casual que actualmente en México se discuta y trabaje una iniciativa de Ley de Salvaguarda de los Conocimientos, Cultura e Identidad de los Pueblos y Comunidades Indígenas y Afrodescendientes, es decir, hoy en día los temas forman parte de la agenda pública y esto lo debemos a la demanda de estos espacios pero también al compromiso de las nuevas generaciones que no les han sido indiferentes los procesos, espacios y años de lucha.

San Juan Ixtenco: el pueblo otomí que habita la falda de La Malinche



Daniela Itzel Zacarías Ruíz

La comunidad de Ixtenco se asienta en uno de los 60 municipios del estado de Tlaxcala. Se ubica al pie del volcán La Malinche, al norte del municipio de Huamantla. Conocida también como San Juan Ixtenco en honor a su santo patrón san Juan Bautista, es el último reducto de la cultura otomí en este estado.

Los rasgos culturales que identifican a esta comunidad son su economía basada en la producción de maíz, sus celebraciones religiosas, sus artesanías, su gastronomía; de todos ellos destaca de forma particular su lengua originaria el yuhmu, una variante del hñahñu, conocido también como otomí, y que se habla únicamente en esta región de Tlaxcala.

Yuhmu: revalorizando la lengua originaria

Después de la conquista española, la mayoría de las lenguas nativas fueron remplazadas por el español; desde entonces han ido perdiendo terreno y hablantes, al grado que muchas de ellas han desaparecido. No obstante, en esta comunidad, se llevan a cabo diversas actividades para mantener la vitalidad de la lengua entre las nuevas generaciones.

Una de esas actividades es el proyecto del coro infantil “Voces Yuhmu”, el cual inició hace 6 años impulsado por los padres de familia de un grupo de poco más de 20 niños y niñas, de entre 5 y 15 años de edad, quienes interpretan canciones tradicionales adaptadas a su lengua

originaria, temas populares de compositores como Consuelo Velázquez, Agustín Lara, José Alfredo Jiménez, Francisco Gavilondo Soler “Cri - Cri” e incluso Beethoven. Durante ese tiempo han recibido importantes reconocimientos, y la oportunidad de hacer una presentación en el Vaticano en septiembre del año 2017.

En la comunidad cuentan con un maestro de otomí, el señor José Lino Mateo Cajero Velázquez, quien con más de 80 años de edad sigue realizando la labor de enseñanza del yuhmu a niños y adolescentes. En sus exposiciones se apoya con materiales didácticos elaborados por él que contienen vocabulario escrito para que sus alumnos aprendan cómo debe pronunciarse correctamente el yuhmu. La pronunciación de esta lengua es muy importante para captar el sentido correcto de una oración debido a que existe cierta similitud en la escritura de varias palabras, pero que en su pronunciación poseen diferente significado.

En el año 1984 dio inicio la elaboración de las normas de escritura del hñahñu, lengua que se extiende por varios estados del centro de México como Hidalgo en las región del Valle del Mezquital e Ixmiquilpan, Pahuatlán en Puebla, Guanajuato, Michoacán, Tlaxcala y el Estado de México.



Profesor José Lino Mateo Cajero Velázquez junto con dos de sus alumnas después de una sesión de clase de yuhmu. Diciembre 15, 2019. Fotografía: Daniela Itzel Zacarías Ruíz

En la actualidad, continúa la revisión de dichas normas a fin de llegar a un consenso para establecer formalmente las reglas gramaticales para su correcta escritura y comprensión, por tal motivo es muy importante la colaboración de los hablantes nativos en un taller más especializado impartido por un lingüista profesional del INALI (Instituto Nacional de Lenguas Indígenas), el profesor Rafael Alarcón Montero, quien lleva varios años documentando el yuhmu. Este taller va dirigido a las personas de la comunidad en general que además de aprender a hablar, quieran comprender y escribir esta lengua por medio de su sistema de escritura. Cada semana en el Centro Cultural Otomí, la señora Esperanza Yonca Gaspar, “doña Esperancita”, como la llaman afectuosamente las personas del pueblo, es la participante más activa en el taller del maestro Rafael; ella pronuncia las palabras, mientras que el profesor las repite para que los demás asistentes escuchen atentamente como debe ser la entonación y qué señal indicativa se debe escribir para leer e identificar correctamente los respectivos significados.



La señora Esperanza Yonca Gaspar, “doña Esperancita”, hablante nativa de yuhmu. Diciembre 18, 2019.
Fotografía: Daniela Itzel Zacarías Ruíz

Es común que la gente mayor comente acerca de la discriminación de la cual eran objeto en su niñez en la escuela por parte de los mestizos hispanoparlantes por hablar y expresarse en su lengua materna. Esto propició un marcado sentimiento de vergüenza por su origen étnico, el cual afortunadamente se ha reivindicado en los últimos años por el valor de su cultura y su lengua, pues están conscientes que en esta última se encuentra gran parte del saber y del conocimiento de una tradición ancestral que ha existido desde la época prehispánica y de la que son herederos. Es impresionante el interés que los niños de esta comunidad muestran por aprender a hablar la lengua de sus antecesores, así como lo es también el interés que los adultos mayores tienen por enseñarla y preservarla para las nuevas generaciones.

Todas estas actividades que realizan los habitantes de Ixtenco constituyen un sistema en el cual una comunidad indígena, en el contexto actual del siglo XXI, intenta devolverle el valor y el significado a su cultura por medio de su lengua originaria, el yuhmu.

El nombre de Ixtenco está relacionado con su bebida tradicional que es el atole agrio, ya que si se traduce “Fiesta del atole agrio” al yuhmu, distinguimos las partículas: *ix*-agrio, *te*-atole, *go*-fiesta.

Los pueblos originarios desde una hermenéutica fenomenológica



Eduardo Sánchez Velasco

Cuando se refieren a ellos, comúnmente se alude a su pasado buscando conocer su historia (cultura, modos de vida, tradiciones, identidades, etc.), sin embargo, no se muestra regularmente la forma cómo se ha de percibir, la óptica que definirá el camino que deberá recorrerse para alcanzar su objeto de estudio. No se especifican teorías ni autores que lo soporten. Entregando al final —probablemente— una narración copiosa en datos, pero improvisada e intuitiva.

Consideramos que existen diversos métodos para hacer historia que nos permitan escoger la mejor senda que ha de acercarnos a las comunidades y a la infinidad de matices que alberga su existencia.

En lo que sigue, de forma general y coloquialmente, expondremos cómo la hermenéutica fenomenológica de Hans Georg Gadamer, es solo una de esas vías. De esta enfatizaremos la unidad indisoluble que guarda el pasado (tradicición) con el presente. Pues no se puede continuar mostrando solo lo que ha sucedido, el pasado que sostiene a la institucionalidad. Hace falta relacionar lo acaecido en el presente. Por ejemplo, ¿por qué abordar ahora a los nativos?, ¿quién instruyó el tópico, desde dónde?, ¿cuándo, para qué y cuáles son los intereses particulares que lo promueven? Por qué este giro, y ¿dónde quedó la pavorosa pandemia?, etc.

De entrada, Gadamer nos dice “El ser que puede ser comprendido es len-

guaje”. Así, solo a través del diálogo habremos de conocernos. Presente en el monólogo, entre individuos, entre pueblos; el pasado y el presente. Estos están en continuo movimiento, pues nosotros con nuestra *intencionalidad* les damos vida. De forma natural, vivencialmente y antes de juicio alguno en todo momento y simultáneamente nos estamos refiriendo a ambos. Al hacerlo les damos sentido, así construimos nuestra *realidad*.

Al abordar el pasado de los pueblos originarios asumimos una “distancia en el tiempo”, entre el pasado y el presente, el autor y el intérprete, pues no podemos ponernos físicamente en su lugar ni ir a su tiempo para experimentar lo que solo ellos vivieron. Lo que haremos —mejor— será desplazarnos con nuestro *horizonte*, perspectiva o forma de percibir nuestra vida. Lo realizamos buscando el diálogo con el horizonte de los originarios, con su pasado. Sin embargo, nunca enfrentamos a los objetos directamente, hay una “anticipación de sentido que guía nuestra comprensión”, nuestros acercamientos siempre están ya dirigidos por nuestras expectativas, prejuicios o proyectos, mismos que se irán reformulando o corrigiendo conforme logramos la comunicación con el proyecto de los otros. Esta relación presenta niveles y un sinnúmero de tonalidades. En ocasiones no hay comunicación y chocamos, en otras alcanzamos la comprensión y decimos que logramos una “fusión de horizontes”.

Ahora, ¿de qué forma repercute nuestra comprensión del pasado (tradiciones) en nuestro presente?, en nosotros mismos, nuestra percepción y forma de ser ha cambiado; en la discursividad histórica y los pueblos originarios también. A esta historia de la historia Gadamer la nombró “historia efectual”.

Para terminar, acerquémonos a los nativos, dialoguemos con ellos, mostrándolos y mostrándonos conjuntamente. Especifiquemos el método que usaremos, recurramos a la filosofía de la historia y a la historiografía para guiar mejor nuestra investigación y para que de esta forma el receptor sea consciente —desde el inicio— de lo que habrá de encontrar en el texto.

Para leer más:

Gadamer, Hans Georg, *Verdad y método*. Editorial Sígueme, Madrid, 1999.

Los bordados de San Isidro Buensuceso



Nazario A. Sánchez Mastranzo

Ubicado en el extremo sur del estado de Tlaxcala como parte del municipio de San Pablo del Monte, la comunidad de San Isidro Buensuceso, es uno de los últimos bastiones de la resistencia de los pueblos indígenas contra la constante lucha con el mundo moderno en lo relacionado con las cuestiones materiales.

Esta expresión alcanza su plenitud en aquellos elementos que distinguen a los propios habitantes de los que llegan de fuera. Esta comunidad que se asienta en las faldas de la montaña considerada sagrada por los tlaxcaltecas, La Malinche o Matlalcueyetl, busca plasmar en sus creaciones la manera que tiene de ver el paisaje que la rodea.

San Isidro es una población de origen nahua, cuya ocupación data del

siglo XIX y principios del XX, y tiene como antecedente la venta de los terrenos de la hacienda de San Isidro Buensuceso, fundada durante el siglo XVII. Sus últimos propietarios, los nietos del ex presidente Benito Juárez, decidieron vender las tierras de cultivo y montuosas con el apoyo del gobernador Prospero Cahuantzi que acepta la transacción con la condición de que se funde un pueblo en tierras de la hacienda adscrito al estado de Tlaxcala. Así nace San Isidro Buensuceso, poblado en su mayoría por habitantes originarios de San Miguel Canoa.

Mientras uno camina por las calles de San Isidro, es común escuchar los diálogos entre los adultos y los niños en lengua náhuatl; sin embargo, esta dinámica solo prevalece en los ámbitos privados, mientras que en los espacios públicos predomina el uso del español que va ganando espacio, debido a que las relaciones en el mercado laboral no se realizan en la lengua tradicional. Esta apertura con otros espacios, posibilita el aprendizaje de nuevas formas de expresión cultural, tal como sucede con los bordados que han ganado espacio e identifican a la comunidad.

Tal es el caso del profesor Delfino Reyes Arce Zepeda, quien durante más de treinta años ha enseñado la elaboración de los bordados como una forma de auto empleo. Sin embargo, esta tradición es mucho más antigua y se remonta a los tiempos en que los bordados se realizaban a mano, sin duda, una de las pioneras fue la señora María del Refugio Zepeda. Aunque algunos relatos difieren del momento exacto en que el bordado comenzó a realizarse con máquina de coser, la mayoría concuerda en que fue don David Zepeda Zepeda quien inicio esta importante labor.

La elaboración de los diseños parte de la reproducción del territorio físico y simbólico que rodea al espacio habitable de la comunidad, de esta manera podemos encontrar representadas la flora y la fauna del monte; incluso elementos relacionados con la cosmovisión, lo que permite entonces considerar que esta plástica bordada remite a un discurso entre los colores y los hilos.



Blusa con elementos que la asocian con el monte. Fotografía: Nazario A. Sánchez Mastranzo

Si ya decíamos que en el uso de la lengua náhuatl se enmarca el espacio público y el espacio privado; el uso de las prendas bordadas también marca una separación entre la vida cotidiana y la vida ritual. La primera contiene actividades como la elaboración de la comida, lavar la ropa, atender a los hijos; y este espacio hace necesario el uso del mandil y el rebozo para las mujeres, que se tornan en extensión de su cuerpo, porque el mandil protege la falda y la blusa de ensuciarse con los materiales de su trabajo y el rebozo se utiliza para cargar la leña que se recoge en el solar o en el monte, o para llevar la cubeta con el nixtamal que se convertirá en masa y luego en tortillas.

Por otra parte, la vida ritual enmarca un acto ligado con los santos o con la vida ceremonial, que hace necesario portar las prendas más elaboradas, donde se insertan flores, principalmente una que por sus características físicas identifica a los propios habitantes y a su entorno inmediato. Me refiero a la flor azul que los habitantes llaman *Matlatli*, que literalmente significa azul; luego viene los elementos floridos de colores vivos que evocan la vida del monte, donde la flor bordada de las blusas se porta en el pecho, que ya no solo es vegetación, sino también canto y amor a la tierra.

Colibríes, mariposas y otras aves se representan en la parte superior de la vestimenta femenina, que se sujeta con el enredo bordado por medio del ceñidor de color rojo, aunque ya se fabrican de distintos colores. El enredo lleva una línea vertical enmarcada por encaje, pero lo extraordinario es la franja de flores, guías, aves, mariposas y en ocasiones algún venado; que, en palabras de don Reyes, esta línea florida representa la tierra que ha germinado: son los frutos que nos regala nuestra madre, la montaña, y por los cuales hay que agradecerle con peregrinaciones a los santuarios que se encuentran en las inmediaciones del monte: Tepetomayo, Toteoinatzin, Tlalocan, o Siete Canoas, y se agradece también caminado a Huamantla el quince de agosto.



Flor conocida como *Matlatli*. Fotografía: Nazario A. Sánchez Mastranzo

Pero no solo las mujeres portan estos bordados, los hombres también encargan las camisas para danzar en la procesión de la fiesta del santo patrón san

Isidro el 15 de mayo. “Los vasarios” encargan a los bordadores, una camisa con elementos propios de la comunidad y, en ocasiones, bordados que aluden a los símbolos patrios. Como quiera que fuera, ninguna fiesta se queda al margen del uso de las prendas bordadas en la comunidad.



Falda que representa a la tierra. Fotografía: Nazario A. Sánchez Mastranzo

Hoy en día estos maravillosos bordados han trascendido el espacio municipal y buscan innovar en las formas y diseños, al tiempo que interactúan con otras formas de expresión plástica la cerámica de talavera, donde cada artesano retoma los diseños propios o característicos del otro.

Para leer más:

Sánchez Mastranzo, José Luis y Virginia Polvo Escobar (Coords.); *Tlaxcala. Lenguaje y tradición del arte popular*; Tlaxcala, Gobierno del Estado de Tlaxcala-Casa de las Artesanías, 2016.

Castro Meza, Raúl; “El territorio simbólico de los nahuas de San Isidro Buensuceso, Tlaxcala”, en Alicia M. Barabas (Coord.), *Diálogos con el territorio. Procesiones, santuarios y peregrinaciones vol. IV*, México INAH, Colección Etnografía de los Pueblos Indígenas de México, 2004, pp. 193-202

La historia propia de los yumhu

Jorge Guevara Hernández

En este inolvidable año 2020, los yumhu tienen su propia historia que contarse y contarnos. Existen varias formas en que aprehenden su historia y ensueñan su futuro, mientras están en un presente efímero y transformador. Una de las maneras de contarse su origen es a través de las narraciones míticas que circulan en el pueblo de Ixtenco. También existen versiones un tanto apegadas a los hechos históricos, en las que se recuerda a los gestores y líderes que han encabezado la lucha contra el despojo del agua y de las tierras. Es decir, en su historia propia, los de Ixtenco no solo incluyen aspectos de la fundación del pueblo y de la lucha agraria, sino que abarcan recuerdos de sucesos memorables como la fundición de las campanas, la construcción de la torre de la iglesia, la colocación del reloj sobre el palacio municipal, la perforación de los pozos para el agua potable, la visita de los símbolos patrios, etc. Es así como construyen su historia como pueblo y la dejan para las generaciones venideras, además de mostrarla con orgullo para quienes no son indígenas. Sin embargo, es en esta historia de lucha de defensa sobre sus recursos naturales básicos, como la tierra, el monte y el agua, que los yumhu reconstruyen su pasado propio y trazan las líneas de su discurso político. El debate resulta crucial en la argumentación étnica de los de Ixtenco contra los mestizos de Huamantla y su pretendida mayor antigüedad, punto central en la posible resolución de la disputa añeja sobre el uso de los manantiales y sus beneficiarios, pues quien la tenga, tendría la primacía sobre los recursos naturales primordiales. Por eso la pro-

fusión de mitos de fundación tratando de sustentar la afirmación “llegamos primero” o, por lo menos, “al mismo tiempo”.

Las versiones míticas que recogí durante mi estancia dan cuenta de dos aspectos de la historia, su origen cosmogónico y la fundación de su pueblo. Respecto al origen cosmogónico, el intelectual local, Agustín Ranchero, me contó que ellos habían arribado a la tierra proveniente de algún planeta de nuestra Vía Láctea hace “un millón” de años. Atribuyó que, como grupo, participaron en las llamadas “civilizaciones” de Lemuria y de la Atlántida. Que cuando llegaron a donde están ahora, la montaña La Malinche era diferente en su tamaño y forma. Ahora está más reducida porque el cielo la aplastó cuando se cayó. No me aclaró qué o quiénes lo levantaron. Según él, el yumhu es la raza con mayor antigüedad en la tierra y que ha dado origen a los chinos y a los sajones, entre otros pueblos. Para sustentar su teoría se basó en las pretendidas semejanzas lingüísticas que encontraba entre los idiomas.

Respecto al segundo aspecto, hay que diferenciar cuándo llegan al actual territorio de la fundación del pueblo. Existen varias versiones que la tradición oral ha mantenido sobre la llegada a la tierra del hoy municipio de Ixtenco; una dice que llegaron al valle de Huamantla y luego se vinieron a fundar Ixtenco. Otra versión, es que primero se asentaron en el pueblo de Huamantla y, por diferencias internas, una fracción se separa y funda Ixtenco. La tercera versión, por insólito que parezca, dice que llegaron del sur, del estado de Puebla, lo cual se puede sustentar en la Relación de Tepeaca del siglo XVI. La cuarta versión es la más conocida: cuenta que los yumhu fueron unos refugiados políticos cuando los mexicas estaban en la época de expansión militar y sojuzga-

miento político. No es la más acertada, puesto que son más antiguos que lo que indica esta inmigración tardía. Esta última narrativa puede ser la que sostiene el *Códice de Huamantla*.

La quinta versión la escuché de Mateo Cajero: un grupo de diez familias llegó a asentarse en un lugar que se localiza al poniente de Ixtenco, en la ladera baja de la montaña, sitio que se le conoce como San Miguel, posiblemente en el siglo XVIII. Allí se encuentran los restos de lo que fue la Iglesia y de habitaciones domésticas contemporáneas. El asentamiento no fue bueno y prefirieron bajar y fundirse con el actual pueblo.

La sexta versión, que también me fue contada por Cajero, dice que se asentaron en un lugar que hoy se conoce como Rancho de Santa Teresa, que se localiza en el lindero oriente del pueblo, además de un pozo en desuso junto a un puente y una cruz colocada en una especie de altar. Esta idea la fundamenta Cajero en el *Mapa de Ixtenco* que se encuentra en copia fotostática en el Archivo Municipal, que tiene un dibujo acompañado de la glosa en español: *Santa Teresa por donde sale el sol*. Luego de un recorrido por la zona de Santa Teresa, acompañando a Cajero en mayo de 2000, se localizó el casco de un rancho con ese nombre, que consta de dos partes: una antigua y otra reciente. Aunque no se pudo constatar, en ese primer reconocimiento, se cuenta que adentro del rancho, en la parte antigua, en una de las esquinas del patio, se encontraba una capilla dedicada a Santa Teresa. En la loma que colinda con el rancho, se encuentra un altar hecho de roca de mampostería como cimientito y ladrillo recubierto con estuco, sobre la que se encuentra una cruz de madera, a la que se le festeja el tres de mayo. Los actuales pobladores de San Miguel Ríos, localidad

más cercana al rancho, dicen que el culto a la cruz es muy antiguo, por lo que cabe suponer una antigüedad centenaria. La cruz se localiza hacia el oriente del actual pueblo de Ixtenco, justamente como dice el Mapa.

David Alonso coincide en que Santa Teresa fue el antepenúltimo asentamiento de los yumhu de Ixtenco en el valle de Huamantla. En la versión de don David, se cuenta que llegaron a Santa Teresa, que venían dirigidos por la señora Juana Ana Nesha (Teresa) Marina, quien ordenó que se perforase un pozo, quizá el mismo que se encuentra en ruinas, de donde dos contingentes se separaron. Unos se fueron a Huamantla, entonces llamado La Venta, mal aconsejados por Luis Benito, y otros se trasladaron a la loma de Santiaguito, donde nuevamente hicieron otro pozo. Cajero coincide con Alonso en que después de Santa Teresa se asentaron en otro lugar que se le conoce como El Jagüey y que la gente llama Santiaguito, donde hay evidencias de construcciones monumentales y se alcanzan a ver numerosos tiestos en sus alrededores. La gente dice que ahí antes vivían sus antepasados y que por eso se encuentran muchas cazuelitas y muchos “muñequitos”, algunos casi completos. De Santiaguito, Cajero y Alonso están de acuerdo en que partieron para asentarse en los terrenos del actual poblado de Ixtenco.

Don David describe mitológicamente la decisión de asentarse en el actual pueblo. Un día los yumhu de Santiaguito vieron que los pájaros bajaban del monte en el día y volvían a subir al anochecer, por lo que supusieron que arriba se encontraba agua que alimentaba a las aves. Subieron buscando el agua y se encontraron con cinco manantiales: el primero, al principio del monte, bautizado como “Agua del Coyote”. Luego más arriba

estaba el manantial de “Canoa Grande”, lugar importante en la cosmogonía yumhu, pues fue donde los antepasados fundadores se encontraron con el nacimiento del agua. Se dice que en este lugar aparece la puerta mágica de entrada al interior de la montaña, lugar de residencia de la Señora-Montaña-Lluvia-Serpiente. Este espacio está rodeado de naranjales, platanares y muchas otras frutas. Siguieron subiendo y encontraron el manantial al que bautizaron como “Agua Amarilla”, que se localiza en el pie de la montaña. Más arriba apareció el manantial al que bautizaron como “Agua Blanca”, y un poco más adelante estaba otro al que bautizaron como “El chorro”, que actualmente surte de agua potable a la ciudad de Huamantla. Con estos hallazgos se movieron de Santiaguito y se vinieron al actual lugar, para estar más cerca de los manantiales.

Solo he escuchado de Agustín Mauricio Mexicano la versión del mito de la fundación de su pueblo. Él dijo que los antepasados llegaron a estas tierras y, tras varios intentos fallidos por asentarse definitivamente, encontraron el lugar idóneo un 24 de junio, donde ahora se encuentra el pueblo. Por este hecho se escogió a San Juan Bautista como el Santo Patrono, ya que se considera que les fue concedida la tierra que poseen gracias a la intervención del santo. La Matuma o mayordomía que se celebra cada 24 de mes, pero en especial en la fiesta patronal de junio, se realiza por este motivo.

La historia reciente la apoyan menos en la mitología y más en la lucha agraria. Al respecto, entre los yumhu existe la siguiente narración histórica, no registrada en la historia oficial, que resalta el papel fundamental del gestor en la defensa de su territorio étnico. Se cuenta que en 1896 se encontró un lienzo con la imagen de un Cristo que señalaba los

linderos de la población, documento que se conserva en custodia de los familiares del profesor Francisco Bartolomé Méndez. Su aparición no pudo haber sido más providencial, porque en 1874 el Gobernador Próspero Cahuantzi despojó a Ixtenco de tierras, montes y agua para que fueran administrados por los pueblos de Huamantla y Zitlaltepec. El documento que apareció, en realidad consta de nueve lienzos que forman el llamado *Mapa de Ixtenco*, como se le conoce al documento. La narrativa del mapa es que en Ixtenco hubo varios fundadores del pueblo, licencia que les concedió el Rey en reconocimiento a sus proezas militares en la tropa de Hernán Cortés. Uno de los nietos de los fundadores lo presenta ante el juzgado para defender los límites de su territorio. Por eso el mapa trae los límites del municipio.

La historia de la lucha agraria fue heredándose de padres a hijos de tal manera que, a principios del siglo XX, el presidente municipal, Francisco Montiel Rojas, inició las gestiones para que se le restituyera a Ixtenco los recursos naturales que le habían sido despojados. Esta tarea la continuaría el citado profesor Francisco Bartolomé Méndez, nombrado presidente municipal en 1903, cargo en el que no duraría mucho pues, casi un año después, fue destituido por haber recopilado documentos que avalarían la propiedad de los yumhu del monte de La Malinche. El profesor Bartolomé Méndez continuó con su tarea de buscar documentos históricos que demostrasen la primacía de Ixtenco sobre esos recursos, lucha que se fue dando de manera simultánea al proceso de dotar de mejores elementos para el servicio del culto a las imágenes protectoras del pueblo, de tal manera que pudiera continuar el ciclo festivo que celebran anualmente. La historia de lucha de los de Ixtenco recuerda que, en 1912, el profesor

Bartolomé se dirigió a Francisco I. Madero, presidente de la República, para pedirle la restitución de los “intereses del pueblo”. Cuatro años más tarde fue llamado el profesor Bartolomé a ratificar la solicitud de restitución de tierras, montes y aguas. En 1919, el General Máximo Rojas, gobernador que había salido de las fuerzas insurgentes, dictaminó a favor de la solicitud del pueblo de Ixtenco.

El cinco de julio de 2017 se dio el cumplimiento de la sentencia del 29 de junio de 2010 del Tribunal Unitario de Distrito 33, en el Juicio Agrario 298/2006 promovido por el Comisariado ejidal de San Juan Bautista Ixtenco. Este resolutive es en relación a mil 464-63-61 hectáreas de monte que no fueron entregadas en la ejecución parcial de fecha 21 de diciembre de 1922, ni de la resolución presidencial de fecha 22 de noviembre de 1992, publicada en el Diario Oficial de la Federación el 23 de diciembre del mismo año, debido a que la tierra se encontraba en posesión del Ejido San Luis Huamantla, Tlaxcala. Cerca de 300 ejidatarios de San Luis Huamantla impugnaron tal medida el 2 de noviembre, aunque en realidad reclamaban el pago prometido. Para los ixtenguenses todavía falta que restituyan otras tierras. Saben que será una larga lucha llena de triunfos, obstáculos y derrotas que no los desanimarán.

El bordado pepenado de San Juan Ixtenco: entre la innovación y la tradición



Claudia Hernández García

La indumentaria indígena puede entenderse como un texto o documento que nos narra su historia, que nos habla de quien lo porta y nos indica su origen étnico y su cultura. Es por ello que, a finales de 2018, el Congreso del Estado de Tlaxcala presentó la iniciativa para declarar el bordado de pepenado como Patrimonio Cultural Inmaterial de nuestro estado, pues pobladores otomíes de Ixtenco han recibido numerosos reconocimientos y premios por sus brillantes diseños. Fue a mediados de 2019 cuando se aprobó la iniciativa y tanto el bordado pepenado, como la confección de cuadros de semillas, obtuvieron por unanimidad el nombramiento.

De acuerdo con Chantal Huckert, el pepenado es una técnica en la que se realizan los diseños mediante un bordado de aguja sobre tela manufacturada en máquinas textiles. Se bordan en negativo animales, flores y diversos motivos que toman forma con las partes de la tela que se dejan en blanco. Pepenado se dice en otomí *hwání*, traducido como “escoger”. Se trata, además, de coser en pliegues, los cuales se tienen que contar.

Los elementos iconográficos que se plasman, principalmente tienen que ver con el entorno natural de los habitantes de Ixtenco, tales como pájaros, conejos, nochebuenas, nueces, entre otros.

En virtud de lo anterior, Huckert refiere que esta tradición textil se articula

en torno a La Malinche o *Matlalcueye* “La de la falda azul”. Este importante volcán inactivo ha desempeñado un papel relevante en la historia de Tlaxcala y en la cosmovisión indígena, relacionándola como la Madre o Progenitora asociada al Dios Tláloc, y el color azul de su falda se debe a las flores silvestres “matlaxochitl”.

Los colores que se utilizan para realizar el bordado pepenado son principalmente el rojo, el negro y tradicionalmente el azul, este último asociado a la vegetación y no al agua, pues para el vital líquido se relaciona el color blanco. Según algunos testimonios recogidos en Ixtenco por Huckert, los colores de los bordados son parte del entorno natural de la *Matlalcueye* y los granos del maíz. Los pliegues de la blusa representan la geografía local de las cañadas del volcán. Las grecas que aparecen serían los picos de la montaña o caminos de La Malinche, además de que los rombos plasmados en las blusas son identificados como piedras de la cima del cerro o estrellas.

Quienes realizan esta técnica refieren haber tomado esos diseños de las muestras que les legaron sus madres, abuelas y bisabuelas, lo cual da muestra de cierta antigüedad y continuidad de los elementos que plasman. No obstante, cuando encuentran un diseño de su agrado, lo adoptan. De ahí que podamos encontrar elementos iconográficos como elefantes y camellos que aparecen en camisas y blusas.

Al hablar de innovación y tradición, pareciera que hubiera un gran distanciamiento entre ambos conceptos. Sin embargo, en el campo de los textiles, se puede hablar de cambio y al mismo tiempo de continuidad. Las mujeres de Ixtenco, en su actividad artesanal para generar ingresos, han apostado por la

innovación al reproducir esa tradición en diseños novedosos para el turismo. También han aplicado sus bordados en nuevos objetos como cubrebocas, vestidos, bolsos, monederos, pañaleros, blusas modernas y camisas para hombre, además de utilizar diversas telas como manta cruda, manta blanca o lino. Pero al mismo tiempo, hablamos de tradición porque manifiestan un conjunto de conocimientos y saberes ancestrales que reflejan la percepción que los otomíes tienen de su entorno.

De acuerdo con Erick Hobsbawm, las tradiciones se reinventan, permitiendo seguir conectándose y dándole continuidad al pasado. De esta manera, estas expresiones culturales que se han transmitido de generación en generación, evolucionan constantemente en respuesta a los cambios que se producen en su entorno.

La iconografía de la vestimenta de este pueblo indígena encierra parte de su cosmovisión, ilustra cómo ven e interpretan su entorno, su herencia, su identidad y resistencia cultural. Es además un intento por retomar y promover el uso de estas prendas tradicionales para preservar parte de esa cultura.

Cabe señalar que en los últimos años ha crecido el interés por la vestimenta tradicional de los pueblos indígenas, y en este sentido, vemos que también aumentan los plagios de los bordados y diseños textiles por prestigiosas marcas nacionales e internacionales, mientras que las comunidades indígenas, con sus saberes ancestrales que son nuestro patrimonio cultural, siguen sumidos en la pobreza y marginación. De ahí la importancia de la reflexión sobre la propiedad intelectual de los pueblos originarios.

Para leer más:

Babativa Chirivi, Sandra Milena, "Como nos enseñó "Malintzin": narraciones históricas y reproducción cultural a través del bordado pepenado en San Juan Ixtenco, Tlaxcala", Tesis, ENAH, 2018.

Chantal Huckert, "El traje otomí de San Juan Ixtenco, Tlaxcala, en la lógica mesoamericana de las montañas", en *Estudios de Cultura Otopame*, UNAM, vol. 6, Núm. 1, 2008.

Ramón Mariaca Méndez, Wayne Joseph Robins, *El pepenado: una tradición otomí del bordado en San Juan Ixtenco*, Gobierno del Estado de Tlaxcala, 2007.

LA

Suplemento
Cultural



HÍQUINAH

Centro INAH Tlaxcala

Órgano de difusión de la comunidad del Centro INAH Tlaxcala

Consejo Editorial

Andrea Herrera González
Armando Moreschi López
Diego Martín Medrano
Gelvin Xochitemo Cervantes
Milton Gabriel Hernández García
Montserrat Patricia Rebollo Cruz
Nazario Sánchez Mastranzo
Patricia Del Carmen Báez Portillo
Yajaira Mariana Gómez García

Coordinación editorial
Milton Gabriel Hernández García

Coordinación de difusión
Andrea Herrera González

Corrección de estilo
Diego Martín Medrano

Formación y diseño
Yajaira M. Gómez García
Dirección de Medios INAH

*Las opiniones vertidas en los artículos
son responsabilidad de los autores.*

Director General del INAH
Diego Prieto Hernández

Secretario Administrativo
Pedro Velázquez Beltran

Secretaría Técnica
Aída Castilleja González

Coordinador Nacional de Centros INAH
René Alvarado López

Director del Centro INAH Tlaxcala
José Vicente de la Rosa Herrera

Crédito de portada
Fotografía: Jorge Guevara y Nazario Sánchez

Crédito de contraportada
Cartel de difusión de la Dirección de Medios INAH

Sugerencias y comentarios:
suplemento.cultural.inahtlaxcala@inah.gov.mx

 /inahtlaxcala

Centro INAH Tlaxcala
Av. Benito Juárez s/n, Col. Centro, C.P. 90000
Tlaxcala, Tlax.

9 DE AGOSTO

Día internacional de
**Los Pueblos
Indígenas**

◆◆◆◆◆2020◆◆◆◆◆



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

